

Una ave extraña de gallarda pluma,  
Que de una en otra rama el vuelo tiende,  
Al espirar la luz, se halló enselvado,  
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,  
Pues lo dispone así su buena suerte;  
Y volvamos á Salas y al palacio,  
Donde aún siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa  
En el alto salon de los doseles,  
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,  
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,  
De halcones, galgos, armas y corceles;  
Se contaron hazañas de otros tiempos,  
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,  
Con general aplauso, el Arcipreste,  
Citando las sagradas Escrituras,  
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto  
En el gran patio á do acudió la plebe,  
Como gárrula banda de pardales  
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,  
Sí más alborotado y más alegre,  
A medida que se iban agotando  
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistian  
Con todas sus familias los sirvientes  
Antiguos del palacio, labradores,  
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla  
Los maceros y guardas, y la gente  
Perdida del lugar, entre los cuales  
Figuraba el primero Vasco Perez;

Gañanes y pastores del contorno,  
Y tambien los esclavos cordobeses,  
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,  
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias  
Fueron la causa entónces.—Como hubiese  
Cobrado en toda Salas, y aún en toda  
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobés Gonzalo,  
Que por mágicas artes y celeste  
Disposicion, para vengar al padre,  
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban  
A los siervos humildes y obedientes,  
Que le acompañan por doquier, demonios,  
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha  
Eran mirados y evitados siempre,  
Cual entónces se vió, pues todos, todos  
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,  
Y el olor del aloque y del clarete  
El apetito universal abrieron,  
Y los más avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos  
A ejercitar las garras y los dientes,  
Olvidóse el temor de los fantasmas,  
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria  
Ni del Coran ni del Profeta, alegres  
Se arrojaron al vino y al torrezno,  
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,  
Haciendo á lo demás ascos y dengues,  
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,  
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el más anciano y de más cuenta,  
Favorito de Zaide, cabo y jefe  
De todos los demás, y cuya barba  
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos  
De la ley musulmana, al punto advierte  
La prevaricacion de aquellos viles,  
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros  
Con palabras durísimas reprende;  
Y arrastrado de ciego fanatismo,  
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos  
La disciplina rígida del jeque;  
Y salieron á plaza aquellos chistes,  
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,  
Quiso probar á la indignada gente,  
Ser los cerdos inmundos animales,  
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,  
A quien asunto tal la honra le hiere,  
La defensa tomó de su ganado  
Con gran calor; y aún procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,  
Tabernero de Salas, hombre fuerte  
Y de gran voz, entre él y su contrario,  
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta  
Director, encargado y presidente,  
Logró aquietar los ánimos, y pudo  
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando había  
Echado algunos tragos Vasco Perez,  
Dos rábanos se ató largos y gruesos,  
A guisa de dos cuernos, en las sienas;

Tocó del capador el agrio pito  
Formado de cañutos diferentes,  
Y haciendo contorsiones y visajes,  
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,  
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,  
Si es que el porquero con su ronco cuerno  
Hacerle són y acompañarlo quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;  
El porquero prestóse, y hechos fuele  
Sus labios del remate retorcido  
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,  
Con gran silencio y gusto de la gente,  
Este romance necio, inoportuno,  
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo  
Cercado está en Covadonga  
Por cuatrocientos mil moros,  
Que en el zancarron adoran.

Sólo cuarenta cristianos  
Tiene, y aún veinte le sobran;  
Pues la Vírgen le ha ofrecido  
Darle completa victoria.

Saló de la cueva un día,  
Sus pendones enarbola,  
Y con espadas y chuzos  
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede  
A los perros de Mahoma,  
Y á la cueva se retira  
Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,  
Y tampoco el triunfo logra;  
Y retiróse, la espada  
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta  
La batalla peligrosa,  
Y tambien que recogerse  
Tuvo, mas con fama y honra.

Entónces muy angustiado,  
De la Vírgen santa implora,  
Que la palabra le cumpla,  
Y que le dé la victoria.

Y la Vírgen le responde:  
*Mañana de Covadonga*  
*Saldrás, querido Pelayo,*  
*Si es que mis consejos tomas:*

*En vez del rojo estandarte,*  
*Medio marrano enarbola,*  
*Y en vez de dardos y flechas,*  
*Huesos de jamon arroja;*

*Y esgrime botas de vino,*  
*En vez de espadas y azconas;*  
*Verás cómo á la morisma*  
*Vences, rindes y acogotas.*

Hízolo así el buen Pelayo,  
Y al ver las moriscas tropas  
Que tocinos por enseñas  
Saca la hueste española,

Quedáronse boquiabiertos,  
Y en sus tripas se alborota  
El alcuzcuz trasnochado,  
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones  
De perniles, se acongojan;  
Y para que no les pringuen,  
Con las adargas se embozan;

Y llegando ya á los golpes,  
Al sabroso olor que brotan  
Empinadas por cristianos  
Las cristianísimas botas:

Las ranas, que de los moros  
En el vientre el agua forma,  
Alzaron tal chichirreo  
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando  
Las espadas cortadoras,  
Cuatrocientas mil cabezas  
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos  
Siegan, hienden y destrozan;  
Concediendo así la Virgen  
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grito, palmadas y contento  
Se recibió el romance impertinente  
Por los cristianos; mas con negro encono  
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,  
Con ambos puños para Vasco fuése;  
Vasco con una lonja de tocino,  
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero  
Y Melendo el jayan, dos matasietes,  
De una gorda cachera aquel armado,  
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías;  
Cuchillos y asadores diligentes  
Empuñan los de Salas; de ambas partes  
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,  
Arroja por el aire su bonete;  
«¡Anatema!» pronuncia en roncas voces;  
«El antiguo milagro se renueva.»

Y arbolando un pernil ó pestorejo,  
Grita: *In hoc signo vinces*. Cunde y crece  
Súbita confusion: lloran chiquillos,  
Chillan y se desmayan las mujeres;

Y los pajes solícitos retiran  
A las más asustadas y más verdes,  
A los rincones del establo oscuro,  
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando  
Por todas partes la Discordia extiende;  
Y más de mil cristianos tal vez iban  
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,  
Con cuatrocientos mil hizo en allende  
El glorioso Pelayo; pues las voces  
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa  
Llegó el estruendo de la airada gente,  
Y la noticia de que al punto en sangre  
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,  
Del retiro salió, y el Arcipreste  
Dejó la presidencia del convite,  
Y Zaide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,  
Hácia la escena trágica descenden,  
Y entre la confusion y muchedumbre,  
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,  
Como calmarse de repente suele  
Alborotada escuela de muchachos,  
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos  
Quedan, aquellas armas diferentes  
Que ministró el furor, pasmados sueltan,  
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,  
Trémulos labios, arrugada frente  
Y palabras durísimas, recuerda  
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda  
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,  
O que de buena gracia y fe á los usos  
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado (está en su casa)  
Reparte sendos palos y cachetes,  
De los que por su mal no se escaparon  
Ni el sacristan, ni el atrevido Perez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo  
Recuerda al pueblo todos los deberes  
De la hospitalidad franca y sencilla,  
A que derecho el extranjero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,  
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,  
La echará á puntillones del palacio,  
Y cerrará las puertas y cancelos.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,  
Tomó en todo la mano el Arcipreste,  
Y echó á los dos partidos ya quietados  
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,  
De la paz demostró los dulces bienes,  
Y matando dos pájaros de un golpe,  
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna  
La gaita, el tamboril y el panderete;  
Y al agrio tono, al golpe mesurado,  
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació más lozana la alegría  
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.  
El pasado disgusto fué una nube  
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,  
Centellea, graniza, silba y llueve;  
Y cuando los ganados y los hombres  
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,  
Más hermoso á brillar el aire vuelve  
Más azul el zafir del puro cielo,  
Y el sol canicular muy más ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos  
La turba juvenil dispone en breve  
La danza prima, y en gozosa rueda  
Los pajes y robustos mozalbetes



Con las mozas del pueblo hacen alarde  
De sus ágiles piernas; se entretienen  
En vistosas figuras, y siguiendo  
El medido compás, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,  
Seguidos de sus madres y mujeres,  
A las volcadas mesas y á los restos,  
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:  
Nadie guarda rencor; todos parecen  
Una familia. El Sancho y el Melendo  
(Aún la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y más sesudos  
En repasar los huesos y toneles  
Se ocupan, y en reparo de sus iras,  
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada  
A su señor el celo impertinente,  
La austeridad depuso, y hay quien dice,  
Que se le vió brindar con Vasco Perez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos  
Los cristianos y alarbes, que el bonete  
Del sacristan andaba en la cabeza  
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero  
De moro; y empezó la turba alegre  
Con grandes carcajadas á vestirle,  
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo  
Con remiendos de telas diferentes,  
En una airosa juba recamada  
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino  
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,  
Cubren, y datilados borcegués  
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,  
En torno á la cabeza le revuelven,  
Sobre casqueta de risueña grana,  
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,  
Ambos pendiendo de cordones verdes;  
Y un albornoz sobre sus hombros echan,  
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,  
Que el *Cide* podenquero, *Abenju-Perez*,  
Era lampiño, al punto le embadurnan  
Barba y labios con tizna de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,  
Porque ha comido mucho: está cual deben  
Los buenos divertidos bebedores,  
Esto es, nada pesado, sino alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,  
Aunque acaso picantes y soeces,  
En general tan nuevos y oportunos;  
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande  
A Mudarra y á Zaide, que merece  
Aplauso universal, y fué el encanto  
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio  
Cercano andaba ya del occidente,  
Y el término llegó de aquella fiesta:  
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo  
Puesto en un corredor, grita á la gente  
Mandando despejar, por ser la hora  
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,  
A poner todo en órden los sirvientes  
Comienzan, y pasando por el patio  
Los nobles, los hidalgos y Arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,  
Seguidos de los suyos. Los cancelos  
Del postigo la turba al fin traspasa,  
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita  
Del dueño del vestido, que le deje  
Ir á ver á su madre en aquel traje,  
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y el disfrazado  
Del palacio salió sin detenerse,  
Y la senda tomó que va á su choza,  
Agil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,  
Y que le tenga por Gonzalo quiere;  
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,  
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra  
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,  
Y su andar, y el mover de la cabeza,  
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino  
Dos hombres, forasteros le parecen,  
Que le observan tal vez como turbados,  
Y que se apartan con sospecha al verle;

Recuerda que hacen esto mismo todos  
Cuantos hallarse con el jóven suelen,  
Sabiendo que es fantástica figura,  
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya lo contrahacia  
Con tal primor y tan exactamente,  
Que por el mismo original que copia  
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,  
Pero aún más se alborozó y se envanece,  
Cuando en el mismo error puso á su madre,  
Al punto de llegar al pobre albergue.

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta  
Viendo ser ya muy tarde y que no viene  
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,  
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro  
Ve por ella venir, no se detiene  
En hacer mil extremos con los brazos,  
Y en esforzar la voz lo más que puede

Con tiernas expresiones de cariño.  
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte  
Que completó su engaño doloroso;  
Saliendo de él tan sólo, cuando hieren

Su torpe oído las risadas necias  
De aquel farsante, máscara ó pelele.  
Al conocer la burla, y cerciorarse  
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,  
Que ciega de furor soltó un torrente  
Sobre el buen disfrazado, de improprios.  
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,  
Porque en su seso el podenquero viene;  
Ni por olvidadizo, pues el pobre  
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo  
Halló en el traje asunto suficiente.  
Y á la juba, alquicel, faja y turbante  
Con desatada lengua echó mil pestes.

Y en lugar de gritar por el engaño,  
Que fué lo que sintió, gritó por verle  
Vestido como infiel, con atavíos  
Que el demonio trazó para su gente:

Porque es hartó comun, si por aquello  
Que de veras nos pica y nos ofende,  
No queremos reñir ó no es posible,  
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco  
Con mansedumbre grande, y no comprende  
Cómo lo que en la fiesta mereciera  
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;  
Sin ocurrir á su infeliz calletre,  
Que son de tiempo y de lugar las gracias;  
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso  
Lo es para su familia raras veces.  
Calló pues, que era humilde con su madre,  
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,  
Y al palacio tornar Vasco resuelve;  
Mas de la airada vieja al despedirse,  
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra  
Y las palabras que le dice siempre,  
Pues se lo han aplaudido y regañado,  
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension: y tras la suya  
De tal manera sin sentirlo fuése,  
Que la madre, que estaba ya en silencio  
(Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche),  
Otra vez en tal ira el pecho enciende,  
Que está el hijo á cien pasos, y aún furiosa,  
Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,  
Que desde Salas á la choza viene,  
Hay un desfiladero y estrechura,  
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,  
Y por otro barrancas, donde crecen  
Arboles gigantescos y zarzales,  
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apenas  
En las lejanas cumbres de occidente  
Un escaso crepúsculo quedaba,  
Pronto entre negras nubes á perderse,